

EL PATO

Durante el viaje a Jacomino, Sotolongo hizo pitar el claxon como si fuera una boda. La mañana era linda, un poco de calor pero se aguantaba. Sotolongo iba cantando y haciendo chistes. Chiquita de vez en cuando lo pellizcaba, a ver si Sotolongo se estaba tranquilo metiéndose con las mujeres que pasaban.

Detrás iba yo, arrimado contra la ventanilla izquierda, en el medio Susana poniéndome media nalga encima y más allá el Ingeniero observando la hora y tratando de quitarse a Susana de arriba, mira que perderse la playa por un juego de dominó.

--Le ronca el nabo--dijo el Ingeniero.

--¿Qué quiere decir eso de le ronca el nabo, Ingeniero? No sabía que a ti te gustaba el folclor. Yo había oído decir le ronca el ñame pero nunca le ronca el nabo --dijo Sotolongo enseñando los dientes.

A Sotolongo los ojos se le ponían amarillos y tenía la cabeza grande. Decía la gente que Sotolongo era un negrito malo, pero a mí me caía bien.

--Eso --dijo el Ingeniero--: que le ronca el nabo.

Sotolongo puso cara de gracioso:

--¿Y cómo a un nabo le puede roncar?

Chiquita se echó a reír por la gracia de Sotolongo.

--Yo sé que tû eres un hombre culto, Ingeniero, por eso te lo pregunto --continuó Sotolongo guiñándole un ojo a Chiquita.--¿En la universidad nunca te explicaron por qué se dice le ronca el nabo?

El Ingeniero no contestó.

--Bueno, a ver, ¿y qué es un nabo? --le volvió a preguntar Sotolongo al rato.

--¿De verdad no sabes lo que es un nabo? --dijo el Ingeniero.

--Ni yo tampoco --intervino Chiquita apoyando a Sotolongo.

Sotolongo se rió:

--Le ronca el ñame no saber lo que es un nabo, ¿verdad Ingeniero?

--Sí, le ronca no saber lo que es un nabo –aseguró el Ingeniero.

La nalga de Susana había ido creando una zona caliente sobre mi muslo. Cuando el carro cogía un bache la nalga se subía un poquito más y me gustaba y me hacía el contemplativo mirando por la ventanilla. A veces ponía una mano cerca de la nalga, y se la tocaba de refilón, mientras Susana se tiraba sobre el Ingeniero, que se la quitaba de encima al primer bache.

--¿Y qué dice el Flaco?

--¿Yo? –puse cara de no entender--¿De qué?

--Sí, tú. ¿Sabes lo que es un nabo?

--¿Un nabo? Es como la papa. Se come en España. Pero en Cuba no hay.

--¡Coño, cómo sabe el Flaco! –dijo Sotolongo golpeando el timón y riendo como un energúmeno--. Y yo que pensaba que el Flaco sólo sabía jugar ajedrez. A ver, Flaco, peón cuatro rey. ¿Qué te parece? Déjalo, a la ciega no hay quien te gane.

--¿Y cómo se juega a la ciega? –preguntó Susana.

El Ingeniero explicó:

--Le tapas los ojos con un pañuelo a los jugadores. No pueden ver el tablero.

--¿Que no pueden ver? –dijo Susana.

--¿Cómo van a poder ver con un pañuelo en los ojos, Susana? –dijo Sotolongo.

--Bueno, depende del pañuelo –aseguró Chiquita--. Hay pañuelos por los que se puede ver. Cuando uno juega a la gallina ciega a veces se ve y a veces no ve. Depende del pañuelo.

Sotolongo le dijo:

--Chiquita ¿tú crees que la gente que le pone pañuelos a los que juegan a la ciega son bobos?

--A la gente cuando los fusilan les tapan los ojos con un trapo. Para que no vean–aseguró Susana.

--Pero no es lo mismo un trapo que un pañuelo –dijo Chiquita--. Con un trapo sí que no se ve.

--Como no es lo mismo un ñame que un nabo –rió Sotolongo.

Chiquita, como si nos contara una película de horror:

-El padrastro del Pato fusilaba gente en la Cabaña.

Sotolongo miró muy serio a Chiquita:

--Chiquita, no te pongas a hablar de lo que no sabes.

Al poco rato dijo Chiquita:

--Dice Sotolongo que al Pato no hay quien le gane jugando a la ciega.

Pregunté:

--¿Y quién es el Pato?

--¿El Pato? El Pato es... el Pato—dijo Sotolongo haciendo sonar el claxon a una rastra que se arrimaba.

Siguió diciendo:

--Flaco, a ver si un día de estos echas un jueguito con el Pato. ¿Tú no eres campeón municipal?

-Yo no juego con cualquiera –dije con orgullo.

--Flaco, el Pato no es cualquiera—me contestó mirándome por el espejito --. El Pato te come vivo.

Y echó a reír de nuevo:

--¡Con plumas y todo!

Así llegamos a Jacomino. A Sotolongo lo saludaban de todas partes y él respondía gritando alguna barbaridad o haciendo sonar el cláxon. Nos detuvimos frente a un garaje. Un hombre que se bamboleaba vino con una llave inglesa. Estaba sin camisa y la grasa le brillaba en el pecho.

--Pensábamos que ya no venían --dijo inspeccionando dentro del carro.

--Al Ingeniero sí lo conozco. Pero al muerto de hambre éste no— dijo refiriéndose a mi.

Sotolongo se tiró sobre el timón:

--Ay coño, no me hagas reír, Jiménez.

Jiménez sacó la punta de la lengua y dijo señalando a Susana:

--¿Y a esa niña de dónde la sacaron? ¿Es de verdad o de mentira?

--Soy de verdad --contestó Susana pellizcándose un brazo.

--Qué bueno que tú seas de verdad, mi niña --dijo Jiménez--En este mundo casi todo es de mentira.

Chiquita:

--Jiménez, ella es la novia de él.

--¿De quién? ¿Del flaco éste o del Ingeniero ése?—preguntó Jiménez.

Sotolongo abrió las manos:

--Jiménez, ¿cómo tú crees que la niña ésa va a ser novia del flaco éste?

--Sí --dijo Jiménez--, el flaco éste no puede ni con una llave inglesa, qué va a poder con la niña ésa.

Jiménez y Sotolongo rieron.

--Pasen --dijo Jiménez--, la cerveza está fría.

--¿Fría fría? -- Sotolongo se restregaba las manos.

--Fría fría--asintió Jiménez-- ¿Cuándo tú has tomado cerveza caliente en esta casa, Soto?

Entramos por el garaje. Jiménez le hizo a Sotolongo unos comentarios sobre el carro desbaratado que estaba arreglando.

Sotolongo comentó:

--Esto sí que es un hierro --y se dirigió al Ingeniero--: ¿Cuánto duró la carrocería del que te dieron por el trabajo, Ingeniero?

El Ingeniero movió los hombros:

--No mucho.

Jiménez levantó un bíceps y lo puso tenso:

--Éste carro está como yo --dijo--. De la vieja guardia. Toca, toca.

--Sí que está duro --dijo Sotolongo tocando el bíceps de Jiménez.

Llegamos al patio. La mesa estaba debajo de una mata de mango. A mi me tocaba jugar con el Ingeniero. Sotolongo y Jiménez harían de pareja contraria. Por los gajos de mango llegaba la luz del sol pero no molestaba. Jiménez le dijo algo a Sotolongo y Sotolongo le dijo a Chiquita:

--Ve con Teté a matar las gallinas.

Chiquita se paró de puntillas e hizo una mueca:

--¿¡Yo!? ¡Nunca he matado una gallina!

--Pues aprende --dijo Sotolongo meneando la cabeza de arriba abajo.

Susana intervino:

--Yo la ayudo.

--Ay Dios mío, es capaz que me pique—Chiquita se llevó las manos al pecho.

Llegó Teté. El delantal la hacía más pequeña. Traía las cervezas en una cesta.

--Seguro que no quieren matar las gallinas --dijo Teté sonriendo--.Al final siempre me toca.

--¿Y cómo se matan? ¿Con un cuchillo? --preguntó Chiquita haciendo aspavientos con la cara.

--A la gallina se le da vueltas por el cuello. Hasta que traquea -- explicó Teté--. A no ser que le cortes el pescuezo. Yo prefiero darle vueltas. Es más limpio. Más humano. Soy católica.

--Bueno, también se le puede dar un martillazo en la cabeza -- explicó Jiménez, que llegaba mostrando como un trofeo la caja de dominó. Jiménez abrió la caja y dejó caer las fichas sobre la mesa con estrépito calculado.

Teté le dijo a Jiménez:

--Jimi, diles cómo mataste aquel puerco.

--¿Qué puerco? --contestó Jiménez haciéndose el interesante.

--El que no se quería morir.

--Ah. El grandulón.

--Ese mismo.

Jiménez se sentó en la mesa y puso los pies en una silla:

--Sí que estaba gordo. El pobre se arrastraba de aquí para allá. Le metí el cuchillo por el corazón y no se murió --miró a todos sopesando el efecto.

--Le volví a meter el cuchillo y lo mismo. Eso sí, chillaba como un demonio. Pero de morirse nada. Entonces cogí una mandarria y le di duro por la cabeza, unas cuantas veces. Pero tampoco se murió. De verdad que se comportó como un héroe. Entonces le metí el cuchillo por la barriga, tratando de tocarle el hígado o cualquier órgano de esos. Se cayó como un saco pero tampoco se murió.

Teté lo interrumpió:

--Parecía que había llovido de tanta sangre.

Jiménez hizo silencio. Luego dijo:

--Nada, que la naturaleza es del carajo.

--No te me vayas a poner filósofo, Jimenón --dijo Sotolongo.

--No. El problema es que el cochino no tenía el corazón donde debía tenerlo.

--¿Y dónde lo tenía? --Chiquita dio un grito uniendo las dos manos.

Jiménez siguió contando:

--Bueno, le metí la mano y el corazón no aparecía. ¿Tú te imaginas que le metas una mano entera a un cochino en el pecho y que el corazón no aparezca? Yo he visto cochinos con dos cabezas y hasta con seis patas. Pero sin corazón, no.

--¿No tenía corazón? --preguntó el Ingeniero--. No me lo creo. Sería contra las leyes más elementales de la naturaleza.

--¿Cómo no iba a tener corazón, Ingeniero? --dijo Sotolongo

--Sí que tenía corazón --contestó Jiménez--. Pero era un corazoncito de éste tamaño --unió el pulgar y el índice--. Un corazoncito del tamaño de un huevito de codorniz. Y conste que no digo mentira, ahí está Teté.

Teté afirmó con la cabeza, abriéndole una cerveza a Jiménez.

--Por eso el cuchillo no le daba --resumió Susana arreglándose el pelo.

--Por eso el cuchillo no le daba --corroboró Jiménez--. Y no sólo que el corazón era del tamaño de un huevito de codorniz, sino que no estaba en el lugar donde tiene que estar el corazón. ¿No les digo que tuve que meter el brazo completo?

--¿Todo el brazo? --se sorprendió Chiquita llevándose las manos a la boca.

--Hasta el fondo --Jiménez levantó el brazo derecho.

--¿Y qué hiciste con el corazón? --preguntó Susana.

--¿Qué hice? Exprimirlo. Como un limón.

--Jiménez, estás exagerando --dijo Sotolongo.

--No, lo juro por mi madre --Jiménez se besó un dedo.

Intervino Teté:

--Jimi apretaba y apretaba. Yo le decía: Jimi, ¿no será que le estás cogiendo otra cosa al puerquito? Pero Jimi estaba seguro porque me decía: No, Mima, es el corazón. Entonces aquello explotó y el animal no se movió más.

--Sí, se movió un poco más--aclaró Jiménez--. Y echaba espumas por la boca. Un campeón. Pero luego no se movió más.

Jiménez balanceaba las piernas en el aire. Dijo:

--A jugar se ha dicho.

Las mujeres se fueron rumbo al gallinero. Empezamos a jugar. Al poco rato vino Teté con más cerveza:

--Las niñas aprenden rápido. Ya son expertas matando gallinas.

Sotolongo se sorprendió:

--¿Chiquita mató la gallina?

--La otra hizo la peor parte pero Chiquita ayudó. Las demás gallinas sí fueron de Chiquita. Se las comió vivas. Tres vueltas y se acabó.

--No me lo creo --dijo Sotolongo arreglando sus fichas--. Chiquita no mata una hormiga, así que no me la imagino ahorcando a una gallina. Chiquita es una blanquita del Vedado, como el Ingeniero.

Jiménez habló:

--¿Y tú crees que donde único le rompen el pescuezo a las gallinas es en Jacomino, Soto? ¿Tenemos tipo de matarifes por acá? --Jiménez le guiñó un ojo a Sotolongo.

El Ingeniero miró a Jiménez.

--Ingeniero --dijo Sotolongo--, tú no hables, que no sabes nada de la vida. ¿Qué cuentos le vas a hacer a Jimenón? Jimenón es un duro de verdad.

El Ingeniero y yo habíamos perdido tres veces. Perdíamos rápido. La primera el Ingeniero cometió el error de mostrar desde el principio el

deseo de encajar a toda costa un número. A Jiménez no le pasó inadvertido el error y llevó al Ingeniero contra la pared mientras Sotolongo tenía despejado el camino. El segundo juego fue más lento, irregular por ambas partes, hasta que Sotolongo oscureció el tablero con sucesivos nueve y se quedó con un par de numeritos fáciles de contabilizar. El tercero fue un suicidio mío premeditado: entregué mis mejores fichas, tranquilé al Ingeniero y éste me echó una mirada furibunda. Las cervezas vacías se acumulaban en el suelo y las mujeres venían y se las llevaban y traían otras. En una de esas Teté trajo alitas de gallina.

--Fritas. Para que vayan picando.

Las acompañamos con otra ronda de cerveza. Chiquita llegó chupando un cuello de gallina. Dijo:

--El que pierda sale y entramos Susana y yo.

--¿La niña ésta sabe jugar? --dijo Jiménez refiriéndose a Susana, que venía persiguiendo un conejo que andaba suelto.

Sotolongo le dijo malicioso:

--La niña ésa sabe hacer de todo, Jiménez --y los dos rieron con la ocurrencia.

Perdimos. Entraron Chiquita y Susana, que perdieron más despacio que nosotros, aunque su juego sí era un verdadero desastre. Jiménez hacía lo suyo para que ellas no perdieran tan rápido, la pierna de Jiménez de vez en cuando buscaba la de Susana por debajo de la mesa.

Me distraje contemplando los árboles del patio. Había ardillas, que se escabullían por las ramas altas, ingresando en los agujeros para volver a salir. Teté se me acercó:

--Le dije al Pato que usted sabía jugar ajedrez. ¿Sabe lo que me dijo, fijese si es gracioso el niño? Que usted no le aguataba un ataque por el centro, ni con blancas ni con negras.

Me puse serio:

--Él no me conoce. No sabe mi nivel de juego.

--El Pato lo sabe todo. Sin moverse de la cama lo sabe todo. Vio cuando usted llegaba. Me dijo: Ése flaco no me aguanta un ataque por el centro.

Después de haber perdido tanto al dominó me sentía con las ganas de echarle encima mis caballos a cualquiera:

--Dígale que si quiere probar.

--Espérese --dijo Teté--. Voy a ver qué dice.

Teté volvió, sosteniéndose el delantal:

--Dice (y fijese, se lo transmito así pero que conste que no soy mal hablada), dice que usted es un comemierda jugando al ajedrez.

Me puse molesto:

--Dígale que cuando quiera. Y que le dejo las blancas.

--Voy a ver qué dice.

Teté volvió, respirando afanosa, los ojitos le brillaban:

--Dice que él aprende con el Informador Yugoslavo y que usted todavía anda con los manuales argentinos de Grau.

--Informador Yugoslavo ni Informador Yugoslavo. ¿Juega o no juega?

--No, no juega. Dice que hoy no juega. Que hoy descansa. Que un día juega y otro descansa. Pero que si usted viene el domingo (y conste que no son mis palabras, yo soy muy educada) le parte el culito a usted.

Me quedé mirando a Teté:

--No sé si el domingo pueda venir. Y dígame a su nene que no sea tan mal hablado.

--El Pato es como un niño. Si usted lo viera. No sabe usar bien las palabras. A veces para pedir agua usa palabras que él mismo inventa. Con el tiempo uno se acostumbra. Pero si le traes café en vez de agua entonces se arma.

Se oyó un lamento espeso, retorcido, que venía de algún lugar de la casa. Teté dijo nerviosa:

--Quiere algo. Cada diez minutos quiere algo. No le gusta que en el mismo día le den la misma cosa dos veces. No papa dos veces. No leche dos veces. No la misma canción dos veces. Una vez vino un experto provincial a jugar con él. Echaron dos partidas y en la segunda el experto quiso repetir una variante de la Siciliana. Tuvieron que sacarlo, al experto. Por poco el Pato se lo come vivo.

Teté se fue corriendo.

Al rato volvió a escucharse el lamento. Luego Teté salió de la casa y vino corriendo:

--Se cagó --dijo.--El muy sinvergüencita se cagó en los pantalones. Dice que eso es para que usted no se atreva a entrar. Así marca su territorio, ¿es gracioso, verdad?

--De verdad que es gracioso --le dije sin ocultar una mueca de asco.

--Dice que si no marca su territorio él nunca comprendería nada de lo que pasa dentro y fuera de su cuarto. Una vez entró un conejo a su cuarto y se armó tremendo jaleo. Mató al pobre conejo. Luego lo tuvo guardado hasta que la peste se hizo insoportable, pero no lo botó por la peste, lo botó porque decía que el conejo estaba siendo más hábil que él controlando el territorio. Tampoco quiere que Jimi entre a su territorio, con lo que Jimi lo quiere y con lo que él quiere a Jimi. Pero dice que en su territorio no se ventilan factores sentimentales, lo digo con sus propias palabras: en su territorio no se ventilan factores sentimentales. A mi me permite entrar pero si no estoy más de un minuto con él. Al minuto exacto señala la puerta con un dedo y me dice: Señora, váyase. ¿No vio usted lo rápido que salió?

--Sí, veo que lo que usted tiene allá adentro es un pachá.

Teté me miró con bondad:

--Si usted lo conociera cambiaría de opinión. Ahora, cuando lo limpiaba, me dijo que el domingo jugará con usted. Lo dijo con mucho cariño. Dijo: El flaco ése parece buena gente, es un flaco gluglú. Dice que jugarán a la ciega y sólo por media hora. Si a la media hora usted no le ha ganado, usted coge por esa puerta y no vuelve más. Que si a la media hora usted no le gana no quiere verlo más ni en pintura.

--Ya.

--Otra cosa, que usted tiene que traer un pudín. Que no se le ocurra aparecerse por aquí sin un pudín de pan.

--¿Está gordo?

--No, no está gordo. Tampoco está flaco. Lo cuidamos bien.

Teté se me acercó confidencial:

--A veces Jimi no lo comprende. Jimi lo quiere tanto que a veces no lo comprende. Una vez Jimi le dijo: Pato, un día de éstos te voy a soltar en la calle a ver si te espabilas. ¿Sabe lo que le dijo el Pato? Que si lo soltaba en la calle le iba a dar tarumba a Jimi con gasolina. Jimi se puso bravo con el Pato. Le dijo: ¿Con gasolina? Y el Pato le dijo resollando: Sí, Jimenito, con gasolina. Cuando te duermas te voy a dar tarumba con gasolina. Jimi no sabía qué hacer. Me preguntó qué quería decir el Pato con eso de tarumba. Y el Pato dijo desde el otro lado: Tita, si le dices lo que quiere decir tarumba, te doy tarumba a ti también. Y luego te como, Tita. Jimi se fue una semana de la casa y el Pato estuvo berreando toda la semana por Jimi. Nunca lo había visto así, excepto hace años cuando perdió con un muchacho tres partidas a la ciega en media hora. Mordió al muchacho en las dos manos. Después los padres vinieron a quejarse, que si el olor, que si las plumas, que si aquí teníamos un animal o qué. El Pato es feo pero no que espante. Pero si usted se conduce como un caballero no habrá problemas. Eso sí: a la media hora, gane o no gane, se va. Con la diferencia de que si gana sale por la ventana que da al patio, y si pierde sale por la puerta del pasillo.

--¿Y si es tablas?

Teté negó con la cabeza:

--Pato no juega para tablas. Dice que las tablas a la ciega en media hora son imposibles.

--Bueno, no creo que sean imposibles.

--Pato tiene sus recursos --Teté me guiñó un ojo.

--Sí, ya veo que es un hombre de recursos.

--¡Ay, las gallinas! --y Teté se fue corriendo.

En la mesa estaban más contentos. Habían abierto una botella de ron y reían por cualquier cosa. Incluso el Ingeniero se veía motivado. Dijo levantando su vaso:

--¡Por la amistad!

Y todos brindaron por la amistad.

A Chiquita le dio por cantar unas boberías. Cantaba mal, con un falsete trabado en la garganta, pero a Sotolongo le parecía de lo más bien y le hizo de segunda. Jiménez acompañaba con los nudillos en la mesa a ver lo que le parecía a Susana, que reía como loca moviendo los hombros.

El Ingeniero puso voz grave. Tenía los ojos rojos, apretados:

--Señores, tengo que informarles una cosa.

Sotolongo lo miró con mala cara:

--Ingeniero, cuando más contentos estamos vas a contarnos otra vez cómo fabrican compota de yerbabuena en tu instituto.

El Ingeniero observó a todos:

--No, quiero informarles que me ascendieron.

--¿Que te ascendieron?

--A Jefe de Departamento.

Jiménez levantó su vaso:

--Te felicitamos de verdad. Yo siempre lo dije, que ustedes darían la talla. ¿Acaso no nos sacrificamos por ustedes? ¡Viva el Ingeniero! ¡Viva el hombre nuevo!

Y todos corearon:

--¡Viva el Ingeniero!

Teté vino con la noticia de que ya la gallina estaba a punto. Y para ratificarlo se chupó los dedos.

--Aquí mismo plantamos a comer --dijo Jiménez guardando las fichas en la caja.

Las muchachas fueron con Teté. Volvieron con ollas grandes y humeantes. Arroz blanco, fricasé de gallina y plátano frito. Jiménez sirvió todo junto en su plato y lo revolvió. El Ingeniero miró el plato de Jiménez.

--¿Qué miras? --preguntó Jiménez.

--Nada --dijo el Ingeniero.

--En realidad no sabe mal --dijo Jiménez masticando.

--No le veo ninguna gracia revolver así la comida --explicó el Ingeniero.

Sotolongo intervino:

--Al Ingeniero no le gusta el folclor, Jiménez. Dice cosas como "le ronca el nabo" pero en realidad no le gusta el folclor.

--¿Al hombre nuevo no le gusta el folclor? --Jiménez abrió la boca.

--Sí, no le gusta el folclor. El Ingeniero no quiere ser un duro. Un día vamos a llevarlo allá dentro, a ver si el otro lo deja nuevo.

--¿Cuá-cuá-cuá? --dijo Jiménez.

--Cuá-cuá-cuá --contestó Sotolongo riendo.

Y chocaron alegremente sus manos.

El Ingeniero terminó de comer, se secó la boca con un pañuelo y dijo:

--Tengo un mes para aislar una molécula.

--¿Qué es una molécula? --preguntó Susana.

--Sería muy largo de explicar --dijo el Ingeniero--. Para ponerte un ejemplo, la realidad está hecha de moléculas. El asunto es que tengo que aislar esa molécula. Después hay que unirla a un conjunto de moléculas de otro tipo. Y luego que dé resultado, que se pueda comer.

--Así sabrán las susodichas moléculas --dijo Sotolongo.--Como el picadillo de soya que ustedes inventaron.

--No, el problema no es el sabor. El sabor se resuelve fácil. Incluso puede saber a pollo. O a manzana. Ese no es el problema. El problema es que sea materia real.

El Ingeniero miró a todos a ver qué efecto habían causado sus palabras. Luego dijo, con la cuchara en el aire:

--Gran parte de las cosas no duran porque no son materia real.

Siguieron comiendo.

--¿Jiménez no es materia real? --preguntó Sotolongo.

--Nadie lo duda --contestó el Ingeniero mirando el plato de Jiménez.

--Jiménez se puede comer --dijo Sotolongo.

--Se puede comer --admitió el Ingeniero--. En ciertos casos se puede comer. Han existido situaciones en que unas personas han tenido que comerse a otras personas.

--¿Alguna vez te comerías a Jiménez?

--Lo dudo.

--¿A qué sabe Jiménez?

--Sabe Dios a qué sabe Jiménez --dijo el Ingeniero.

--¿A qué tú sabes, Jiménez? --dijo Sotolongo.

--¿Yo? --Jiménez se rió con la boca llena--. ¡A Jiménez! --y siguió riéndose con la boca llena.

Se hizo silencio.

--No faltará la comida en este país --aseguró el Ingeniero--. Eso sí: tiene que ser materia real. No materia que se desinfle.

--Como un globo --dijo Sotolongo.

--Como un globo --corroboró el Ingeniero.

Terminamos de comer. Jiménez y Sotolongo se quedaron hablando en la mesa y luego fueron hacia la casa, dándose palmadas y haciendo como si boxearan. El Ingeniero, Susana y Chiquita dieron un paseo por el patio. Teté se quedó dormida, aunque se espantaba las moscas.

A la media hora Sotolongo vino:

--¡Caballeros, nos vamos! ¡El que no se va conmigo se queda en el camino! --y se rió.

Nos despedimos de Teté y alabamos su comida. Teté nos dijo que para la otra nos haría unos chicharrones y frijoles negros. Jiménez y Sotolongo se despidieron con un abrazo estruendoso.

El carro estaba que ardía.

--Imagínate, con este sol --explicó Sotolongo--. Y Jiménez siempre tiene el garaje ocupado con el suyo.

Chiquita encendió el radio y recostó la cabeza en el asiento. Susana se quedó dormida sobre el hombro del Ingeniero, que permanecía concentrado en sus pensamientos.

Sotolongo arrancó el carro. Dijo:

--Pasamos un buen día, ¿verdad?

Mantuvo una velocidad mínima, hasta que dejó la calle de tierra:

--Como esta gente ya no queda--dijo.

Ya en el asfalto puso la tercera. Me miró por el espejo:

--¿Viste al Pato?

--No. No lo vi.

--El Pato es un tipo del carajo.

Afirmé con la cabeza.

--Como el Pato no hay ninguno --dijo sin dejar de mirarme por el espejo.

Añadió:

--Un poco raro nada más. Pero como están las cosas en este país eso no es problema.

Se puso a tararear la música del radio y dijo:

--De verdad que no es problema.

Rolando Sánchez Mejías